

LA EXPEDICION CANTABRA, DEL MARISCAL DE CAMPO DON MARIANO RENOVALES

por CARLOS MARTINEZ-VALVERDE
Capitán de Navío

Durante la guerra de España contra Napoleón Bonaparte, después llamada de la Independencia, a lo largo de toda la contienda, se suceden operaciones anfibias en las costas españolas ocupadas por los franceses: en las de Levante se desarrollan las lanzadas desde Tarragona y Alicante, y como bases de más a retaguardía, Mahón y Cartagena; en las del Sur, desde Cádiz, se dan golpes de mano de tipo marítimo contra los buques corsarios enemigos apostados en las cercanías, y otros, con desembarco, en las dos alas de la «fortaleza marítima gaditana» en la de Levante y en la de Poniente (Serranías de Ronda y de Huelva, respectivamente), además de las acciones frontales marítimas y anfibias que se desarrollan en aquel frente (1). Hubo también desde aquella zona de operaciones y hacia ella, abundancia de movimientos de fuerzas por líneas exteriores —transportadas por mar— como las que precedieron a las batallas de Chiclana y de la Albuera, y transporte a Almería del ejército del general Blake. En Levante, también, hubo acciones combinadas de mar y tierra y desembarcos de gran estilo, como el de la División Anglo-Siciliana-Española ...

En todas estas operaciones intervienen la Marina Británica y la Española en apoyo de las Tropas del Ejército, éstas, la mayor parte las veces, españolas. Nuestra Marina armó toda una pléyade de embarcaciones de poco tonelaje muy a propósito para este género de guerra.

En el Cantábrico, que es donde se va a desarrollar la expedición de Renovales, ya el 1809, Díaz Porlier, «El Marquesito», había dado algunos golpes de mano coronados por el éxito en Lequeitio, Baquio, y Plencia. En la Costa asturiana, Ballesteros había desembarcado bajo el fuego enemigo en Figueirúa y Porcillán, tomando de revés la lí-

(1) Se puede comprender por «fortaleza marítima» un complejo de posiciones coordinadas, bien armadas y guarnecidas, comprendiendo puerto y núcleos de población civil, incluso, basado en el mar en el aspecto logístico. Base, también de operaciones terrestres y navales, defendida por fuerzas del Ejército, pero actuando intensamente en la defensa las de Marina, como en el caso de Cádiz.

nea del Nalón y atacándola. También en dicho año, el tener el dominio del mar permite la retirada de Gijón del Marqués de la Romana, en flexible maniobra, ante el ataque iminente de fuerzas imperiales muy superiores en número; las mandadas por Ney, procedentes de Galicia, y las de Bonnet, de Santander (2).

En 1810, antes de decidirse la Expedición Cántabra de que vamos a tratar, otra vez Díaz Porlier, con tropas españolas apoyadas por las fragatas británicas del comodoro Ménds, cuyos buques estaban basados en la Coruña, y algunos buques armados españoles, partiendo de Ribadeo, base avanzada de operaciones, había desembarcado, con éxito, en Santoña —sin ánimo alguno de conservar en su poder la plaza—, destruyendo baterías enemigas y haciendo más de 200 prisioneros, apoderándose de unas 50 embarcaciones para evitar fuesen de utilidad por los franceses para el tráfico costero, la pesca, o ser armadas como corsarias. El 10 de julio había desembarcado en Bermeo, efectuando una leva de paisanaje (3), sin haber reacción importante del enemigo, que al tener muy diseminados sus efectivos, tanto en la guarda de la costa como de las comunicaciones terrestres, carecía de fuerzas que oponerle. Así lo manifestaban en sus comunicados oficiales los generales Touvenot y Avril. El 5 de agosto, el incansable Díaz Porlier, que había tomado el gusto a la guerra anfibia (quizá reminiscencias de su origen en el servicio en la Armada) (4), desembarcó en la ensenada de Cuevas del Mar, en la costa asturiana, situada entre Llanes y Ribadesella, e internándose, extendió su acción a la zona limítrofe de Santander y de Asturias, con gran quebranto de los destacamentos enemigos.

En el año siguiente, 1811, a pesar del triste resultado de la Expedición Cántabra, habrían de proseguirse las operaciones anfibias en aquella tan procelosa costa, con fuerzas británicas mandadas por el general Douglas, y otras españolas, con el apoyo de las fragatas del comodoro Popham y de buques españoles de menor tonelaje, llegando a fijar de este modo en la costa unos 20.000 hombres, con gran disminución, por lo tanto, de las fuerzas de maniobra del Ejército francés de la zona norte de la Península. En 1812 tendrá lugar, entre otras actividades de menor importancia, la defensa de Castro Urdiales, con apoyo naval, y su evacuación al hacerse imposible toda resistencia. También en este año tendrán lugar las grandes

(2) En operación de mayor escala debemos recordar la retirada, por mar, del ejército de sir John Moore, desde Vigo y La Coruña, en 1809, para aparecer después, en mayor fuerza, en Portugal.

(3) Cosa difícil; más adelante habría de contestar el General Mahy a Renoules: «He recibido el papel de V. S. en que con sobrada razón me representa el despego que se nota en muchos de los oriundos de Vizcaya hacia nuestra defensa, procurando por todos los medios evadirse por mar».

(4) Había entrado en el Servicio de las Armas como Guardia Marina y como tal tomó parte en la batalla de Trafalgar. Pasó después al Arma de Caballería. Hizo una admirable guerra de guerrillas, de movimiento, en las llanuras de Tierra de Campos, de modo parecido a la que pudiera hacerse en la mar.

operaciones marítimas logísticas al cambiar Wellington su base de operaciones de Lisboa a Santander y a Bilbao, cuando sus ejércitos alcanzaron la línea del Ebro.

Normalmente, las operaciones contra la costa en el Cantábrico no tuvieron como objetivo la ocupación de territorio o el apoderarse de alguna plaza para conservarla. Sin embargo, la Expedición Cantábrica sí tenía entre sus objetivos —y de modo primordial— la conquista de una: la de Santoña. Esta plaza y su pequeño puerto eran de gran importancia, como habían de demostrarlo posteriormente los acontecimientos. Desde que se empezó a hablar de ella, estuvo en la mente de Napoleón la firme determinación de vincularla al Imperio desgajándola del Reino asignado a su hermano José. Es uno de los puntos de fricción que hubo entre ambos cuando el Rey Intruso, sintiendo su responsabilidad ante la Historia y ante sus súbditos —y con indudable afecto— defendió la soberanía del Estado que los acontecimientos de Bayona habían puesto bajo su gobierno (5).

Santoña podía ser una magnífica base de operaciones terrestres para actuar en toda su zona colindante y en lo marítimo, una importante base para los corsarios franceses. Era muy importante para los españoles quitar a los enemigos estas posibilidades y que pasasen a los patriotas. La posición de Santoña, en lo que al mar se refiere, era más central que la de Vivero y Ribadeo, que empleaban como base nuestras fuerzas navales sutiles contra toda la parte de costa situada a Levante, ocupada por los invasores (6).

La ingente península o Monte de Santoña es un peñón de naturaleza calcárea con muchas escabrosidades y acantilado en casi todo su contorno, desde la playa de Berria, situada al noroeste de la plaza, dando la vuelta por el norte y por el este, hasta la villa misma, situada al suroeste del peñón. Por la parte del oeste, la posición está defendida por una amplia marisma, por la que discurren, serpenteando, los canales de Argoños y de Bóo y sus numerosas ramificaciones, formando todos, y en especial el último, con la ría de Colindres, un formidable obstáculo.

El Peñón tiene varios picachos; el más elevado está formado por dos tetones: Buceiro, el del oeste y Ganzo, el del este; ambos con alturas cercanas a los 370 metros. Otro pico dominante es el de

(5) Para dejar bien sentado el interés que Napoleón tenía por Santoña, basta decir que por el Convenio de Valencey (dic. de 1813, puesto en vigor el 24 de marzo de 1814) no se restituía esta plaza al dominio de España, quedando en poder de los imperiales hasta la firma del tratado general de Paz en Europa. Entonces —es curioso consignarlo— el comodoro británico que mandaba las fuerzas navales del bloqueo pretendió que se le entregase la plaza, pero el Gobernador francés, receloso de que se reprodujese el caso de Gibraltar, se negó, esperando la llegada de tropas españolas, a las que hizo la entrega de tan solicitada plaza.

6) Vivero y Ribadeo fueron en condiciones estratégicas muy semejantes, en nuestra Cruzada, utilizadas por nuestras fuerzas navales ligeras, los famosos «Bous» del Cantábrico, sucesoras, en cierto modo, de nuestras fuerzas navales sutiles de la Guerra de la Independencia.

Nespral, con 332 metros de altitud; en él estuvo instalada una atalaya con carácter permanente.

La boca de la ría de Colindres, llamada también de Santoña, está comprendida entre la Punta de San Carlos, en el Peñón, y la larga punta de arena que avanza desde Laredo, llamada el Puntal o Punta del Pasaje (porque desde ella, en bote, se pasaba a Santoña), formando la inmensa playa de aquella villa, conocida también por el nombre de Arenal de Salné. Separa el Peñón de la susodicha punta un canal profundo, con fuertes corrientes de marea que en modo alguno puede vadearse. Forma, pues, el Peñón de Santoña, con su plaza y fortalezas, una posición muy difícil de expugnar. Así lo vio el mando francés y dedicó a su fortificación —después de la expedición de que tratamos— toda la atención y el gasto que merecía (7).

En lo que se refiere al puerto, posible base de operaciones para embarcaciones ligeras, había, y sigue habiendo, dos fondeaderos: el interior, con fondo de arena y fango, esto es, con buen tenero; y el exterior abrigado de los vientos de componente oeste, es decir, más abrigado que el interior en los casos de fuertes temporales de los cuadrantes tercero y cuarto, siempre que no rebose mucha mar de las puntas.

Estas son, a grandes rasgos, las características del objetivo principal de la Expedición Cántabra. Veamos cómo se concibió.

En febrero de 1810 el Consejo de Regencia había tomado el mando de la nación en Cádiz, plaza donde se refugió la Junta Central existente en Sevilla (y que se disolvió seguidamente), ante el avance del ejército del Mariscal Soult en su invasión de Andalucía. La retirada fue debida a que se consideraba que para defender Sevilla eran necesario unos 40.000 hombres, con los que no se contaban. Defendían la Isla gaditana, refugio, como se ha dicho, del Gobierno, el ejército del Duque de Alburquerque— retirado por su iniciativa para ese fin desde Extremadura—, las marinas Británica y Española y las milicias que en Cádiz y en la Isla de León se pudieron organizar.

(7) Santoña, después llegó a estar muy bien defendida, cuando los franceses completaron las obras. Guardaron las avenidas de tierra por los fuertes del Erusco y del Gromo. Defendieron la playa de Berria contra un posible desembarco con el primero de aquéllos, y la batería de la Cueva, situada en la parte oriental, en la Punta del Dueso. Cerca de la aldea de este nombre construyeron una amplia plaza de armas con repuestos de pólvora, cuarteles y almacenes. En posición más elevada, en la parte oeste del Peñón, construyeron un fuerte que en los planos actuales se denomina del Mazo, pero que aún el pueblo conoce con el nombre de Fuerte Napoleón. La villa estaba amurallada, con tres reductos en el lienzo del Sur. En la punta meridional del Peñón reforzaron el fuerte de San Carlos (construido originariamente en 1668). En la punta sudoeste está el Castillo de San Martín, y entre éste y el de San Carlos construyeron las baterías del Solitario y de Galván (alta y baja). Enfrente, en la Punta del Pasaje, había otro fuerte que con el de San Carlos defendía el fondeadero interior. El exterior estaba defendido por la batería de San Felipe, en la Punta del Caballo. Dicho fondeadero está situado entre dicha punta y la del Fraile. La fortificación que en la actualidad se conserva es, en su mayor parte, de la segunda mitad del siglo XIX.

El Consejo de Regencia pensó en seguida en coordinar esfuerzos que hasta entonces se habían mantenido dispersos, perdiéndose por tanto mucho de su eficacia. Del diario de operaciones del referido Consejo podemos recoger: «Es preciso llamar la atención del enemigo por varias partes, especialmente por Vizcaya y por Navarra». El Consejo de Regencia tenía gran esperanza e interés en esta operación, y así lo hace constar en su «Diario de Operaciones»: «Los acometimientos a Vizcaya que ha verificado el Jefe Porlier, con el auxilium de los ingleses y con no poco fruto, Renovales los reiterará, según los últimos avisos, con mayor fundamento...». De muy distinto modo que se esperaba se iban a desarrollar los acontecimientos.

Se decidió la formación de una división volante preparada especialmente para operar desde el mar sobre la costa Cantábrica, designándose para el mando de ella al mariscal de campo don Mariano Renovales, vascongado de nacimiento (era natural de Argentales, Vizcaya), acreditado antes en las guerrillas roncalesas, y también se había distinguido por su valor heroico en Zaragoza, donde por sus méritos había sido promovido al empleo de Brigadier (8). Renovales tenía «tenía un carácter vehemente e impetuoso y era valiente hasta la temeridad». Se había batido a las órdenes de Liniers en la reconquista de Buenos Aires y allí había sido promovido al empleo de comandante. La verdadera revelación de su mérito había sido en Zaragoza. Al capitular la plaza quedó prisionero, siendo libertado cuando era conducido a Francia por una guerrilla del Roncal, tomando el mando de aquella región en su resistencia contra el invasor. Cuando se le dio el mando de la Expedición Cántabra estaba comprometido con el marqués de Ayerbe en un audaz plan conocido con el nombre de «Proyecto Secreto» para libertar a Fernando VII y, sacándole de Valençay, traerle por mar a España. Cuando aceptó el mando de la Expedición no abandonó el referido proyecto; quería que el de Ayerbe le siguiese a La Coruña —como lo hizo— para una vez terminada la Expedición seguir adelante en el proyecto de liberación del «Deseado», cosa que consideraba como el más glorioso remate de la operación. El de Ayerbe le ayudó mucho, en La Coruña,

(8) Renovales había ingresado en el Servicio de las Armas en Buenos Aires, donde residía con su familia, alcanzando el grado de Teniente, pero se vio obligado a dejar el servicio por intereses de familia para dedicarse al comercio. Volvió al servicio activo con ocasión del ataque de los ingleses de 1806. Al empezar la Guerra de la Independencia se hallaba en España y se ofreció inmediatamente a la Autoridad Militar, siendo destinado a Zaragoza, mereciendo ser felicitado varias veces por Palafox por su comportamiento heroico.

Después mandó las guerrillas del Roncal. Ascendido a brigadier fue destinado a las fuerzas que operaban en la Mancha. Al terminar la Guerra fue condenado a muerte por sus ideas liberales, pero se fugó a Francia. Allí fue trabajado para que tomase partido por los insurgentes americanos. Dio cuenta al Gobierno español y, aparentando haber accedido, pasó a América para hacer abortar el movimiento separatista, consiguiendo apartar a muchos. A pesar de ello, al intentar desembarcar en la Habana, fue detenido y encarcelado, muriendo en la prisión.

en la preparación de la expedición que pronto se manifestó dificultosa (9).

En mayo del referido año de 1810 el Consejo de Regencia había comisionado a don Eusebio Bardaxí, Secretario de Guerra interino, para que pusiese de acuerdo al mariscal de campo Renovales y al teniente coronel Zuasnavar, a los que por separado se había encargado de efectuar expediciones a la costa de Vizcaya y a la frontera, «operaciones incompatibles, con las que se aventuraba el buen éxito por su misma discordancia». Bardaxí coordinó las dos expediciones, quedando el plan a seguir concebido en los siguientes términos: «Primero: apoderarse del importante punto de Santoña y del puerto de Guetaria, fortificando el primero que en la actualidad se halla descuidado y que bien guarnecido es insuperable.—Segundo: destruir las fábricas de municiones de Eguy (*sic*) —probablemente Euguy— y de Orbayceta, de donde sacan las suyas los enemigos, y que por su situación son indefendibles. Tercero: Cortar los principales caminos, especialmente el Real de Irún, a fin de dificultar al enemigo la entrada, socorros, e imposibilitar la conducción de artillería».—El Consejo de Regencia había aprobado el plan expuesto, pasando a estudiar el modo de arbitrar recursos para llevarlo a cabo, disponiendo que ambos jefes, Renovales y Zuasnavar, se trasladasen a Galicia para allí organizar sus fuerzas. Se ofició al capitán general de aquel Reino, don Nicolás Mahy, «para que facilitase cuantos recursos pidiese» Renovales, e igualmente al Comandante General del Departamento del Ferrol, para que diese los elementos de transporte necesarios, alguna fuerza, artillería y municiones. Se prevenía en las instrucciones que una vez que los expedicionarios se apoderasen de la Península, plaza y puerto de Santoña, se provocaría desde allí la rebelión de Santander y de las Vascongadas. Deberían llevarse desde Cádiz caudales y armas (medio millón de reales y 1.500 fusiles) y habían de ir con la expedición algunos sargentos y cabos vizcaínos reclutados en el ejército de la Isla del León, que por ser conocedores de aquel terreno y de la lengua vascongada, serían muy buenos guías y tendrían en gran predicamento entre sus paisanos. La expedición recibió oficialmente el nombre con que ya la veníamos llamando: «Expedición Cántabra». El 11 de mayo Renovales había ascendido a mariscal de campo.

Hasta entonces cada capitán general Jefe de zona de operaciones había dispuesto las que considerase pertinentes; el deseo de ser Soberanas todas las Juntas, con la independencia que ello daba a

(9) Después de una larga espera en La Coruña, el Marqués de Ayerbe decidió, al fin, hacia el 13 de septiembre, llevar a la práctica, él solo, el «Proyecto Secreto». Con este objeto se trasladó al Roncal acompañado de un Capitán de Estado Mayor, riojano, llamado Wanestron; disfrazados ambos y acompañados por un arriero; «llevando los caudales necesarios para vencer dificultades» —según expresión del Marqués—. La aventura tuvo un final desgraciado y trágico, pues fueron asesinados por unos soldados tránsfugas, en las inmediaciones de Lerín, en Navarra.

sus jefes militares con respecto a los de otras, y la dificultad en las comunicaciones, había llevado a ese *modus operandi* (10). El disponerse desde Cádiz que se realizase una operación como la Expedición Cántabra, con Jefe designado por el Consejo de Regencia, era en realidad cosa nueva. Se salía de los moldes de guerra empleados hasta el momento.

La Marina, con arreglo a las órdenes recibidas, dio barcos, cañones y hombres, pero Mahy no dio a Renovales lo que le pedía a pesar de haberle manifestado «su propensión decidida a proteger una operación de la que deben esperar tan positivas ventajas para la Nación.»

Los preparativos para la expedición se desarrollaron muy lentamente; veámoslo a través de documentos existentes en el archivo de la Guerra de la Independencia del Servicio Histórico Militar de nuestro Ejército. En septiembre, el día 4 —esto del diario de operaciones de la Regencia— comunicaba Renovales al Consejo de Regencia, desde La Coruña, «que tenía en su poder 1.300 fusiles con sus correspondientes bayonetas; 3.000 fornituras completas de cartucheras y correaes; 30 piezas de artillería, con las correspondientes municiones; 500.000 cartuchos de fusil, 1.000 sables, 6 lanchas cañoneras, 2 goletas, 1 fragata española y 5 británicas, para conducir los 3.000 hombres de tropa de los tres batallones que se están organizando. Aclara que cuenta con el apoyo británico, pues el comodoro Mens (*sic*) que manda una división de cinco fragatas en aquellas aguas, se ha ofrecido a tomar parte en la expedición con todas sus fuerzas y, además, ha enviado a Inglaterra una goleta en busca de fusiles. Ante esa buena disposición del Jefe británico pide Renovales al Consejo que se le conceda una vena en cualquiera de las Ordenes Militares, en suposición de que sea católico.—El Consejo contestó manifestando deseos de acceder a otorgar a Mens esa recompensa, pero explorando previamente el efecto que causaría en Inglaterra, ya que el acceder el Comodoro a recibirla suponía la pública declaración de ser católico y en aquella nación, por ese motivo, se excluía a los ciudadanos de todo empleo público.

En documento de fecha 7 de septiembre podemos ver la verdadera orientación de la Expedición. Es de Renovales a Mahy: Empieza diciéndole que el marqués de Ayerbe ya le ha comunicado la imposibilidad de que el referido General le auxilie «con las tropas que le indicó necesitaba...». Pasa después a comunicarle el móvil de la Expedición: «debo apoderarme —le dice— del Puerto de Santoña, como punto interesante para poner en insurrección general las provincias septentrionales de nuestra España, sostenido por fuerzas marítimas de nuestra aliada la Gran Bretaña, que lo desean también vivamente y ofrecen por su parte auxiliar con armas, municiones y

(10) Cuando se dio a Blake un Mando de una gran extensión: Aragón, Cataluña y Valencia (en tiempos de estar sitiada Gerona), se había visto impotente para desempeñarlo y obligado a renunciar a él.

debo llevar P. Max; con arreglo á las ins-
 -trucciones del Gobierno deben emprender mis
 operaciones por la Provincia de Santander,
y la primera diligencia desembarcar en
Santoña y fortificar este punto interesante^{como}
apoyo de todas mis ultimas operaciones;
 Los Oficiales y pertrechos necesarios al efecto es-
 -tan pronto en la mayor parte, solo me hacen
 suma falta sesenta y dos Artilleros que espe-
 -ro me facilite V. E. con los correspondientes
 oficiales, Sargentos y fauor: con la llegada
 de Ugarramendia espero con ansia para
 poner en ejecucion la empresa.

Espero me indique V. E. la ruta por
 donde debemos tener entablada nuestra co-
 -municacion, con las demas advertencias q.
 tenga abien trasladarme para el mejor
 acierto y desempeño de todo.

Haviendo sido interceptado un correo

Fragmento del escrito en que el Mariscal de Campo Renovales da cuenta al General Mahy de la misión que tiene encomendada, al tiempo que le hace algunas peticiones. En él expresa claramente que su «primera diligencia (ha de ser) desembarcar en Santoña y fortificar ese punto interesante como apoyo de todas (sus) ultimas operaciones». (El subrayado es del autor.)

de más... Convendría mucho —continúa— que comunicando a V. E. su orden superior a las Tropas Aturianas y auxiliares obrasen eficazmente sobre el enemigo en el momento que yo intente el desembarco en aquel punto de la costa de Cantabria...». Le da cuenta de «la extensión de su mando», que dice ser «todas las Provincias Vascongadas, la Rioja y Santander» y dice haber pasado ya órdenes a las Tropas y Partidas que han destinado allá para que molesten a los enemigos para impedir entorpezcan el desembarco de 2.000 hombres que ha de llevar por mar. —Ya no piensa, pues, en llevar 3.000—.

Dice claramente: «Con arreglo a las instrucciones del Gobierno *deben empezar sus operaciones por la provincia de Santander y la primera diligencia desembarcar en Santoña* y fortificar este punto como apoyo de mis ulteriores operaciones.»—No habría de hacerles de este modo—.

Dice tener listos «los efectos y pertrechos necesarios», pero que le hacen mucha falta sesenta y dos artilleros, que espera que se los facilite el General con los correspondientes Oficiales, Sargentos y Cabos. Dice que espera con ansia tener todo esto para poner en ejecución la empresa. Como anexo remite estados de fuerza tomados a los franceses (11).

Ya es octubre y aún está pidiendo Renovales a Mahy las fuerzas que necesita. Le dice en un oficio que el marqués de la Romana —a quien se ha recurrido— le ha asignado un batallón de la Guardia Nacional de 1.300 plazas, pero que debido a ciertos destacamentos tan sólo puede disponer de 600 hombres. Le recuerda la orden con fecha 19 de julio le comunicó S. M. (el Consejo de Regencia) para que como Capitán General del Reino de Galicia «le auxiliase» en cuanto necesitase para el desempeño de su comisión y —añade— a que el tiempo me convida y clam apor mi salida «... La estación avanzaba y con ello la amenaza de los malos tiempos; la realización de la expedición marítima se hacía urgente. Le pide Renovales 500 hombres «de los que estén más inmediatos o de los que considere más fácil puedan reunírsele, pues los juzgaba absolutamente necesarios para la Expedición y para resistir a las fuerzas enemigas que le cargarán inmediatamente que llegue a su noticia su desembarque». Añade que los devolverá luego que reúna sus fuerzas en aquellas provincias.

En otro documento que le dirige al siguiente día (2 de octubre), le pide oficiales para la organización de esas fuerzas que ha de reunir, y se queja de algunos que se resisten a tomar parte en la Expedición: Un teniente coronel y dos subtenientes, que prefieren seguir a media paga en el castillo de San Felipe del Ferrol «a batirse en el campo del honor».

(11) Se había interceptado un correo marítimo despachado desde Santander para Bilbao y para Francia y entre la correspondencia que se le cogió se hallaron documentos de tanto interés como eran los estados de fuerza de las tropas enemigas, del Principado de Asturias y de la Provincia de Santander.

1809
 (C) S. Comodoro H. R. Mendo

Elte ha sido entregado el papel del Sr. P.^a en los dos
 idiomay en que me avia q. probablemente el sábado daria
 la vela la expedij.^{on} destinada á la Costa Cantabrica, y que
 si las circunstancias lo permitien amenazaria un desembarco y
 aun se realizara si puede convenir, esperando q. las operay.^{es}
 de las tropas de Asturias sean acoorde con estas ideas;

Inmediatam.^{te} se tratadado el papel del Sr. P.^a al
 2.^o Com.^{te} Gral del Principado el Gral Pol á fin de que no
 ignore ning.^o de las circunstancias q. contiene y acomode la
 conducta militar á lo que mas pueda convenir en
 favor de n.^{ra} reciproca buena inteligencia, y union.

Dui que así. S.^a m. d. de los. 4 de Oct.^{bre}

C. M. V.

Minuta conservada en archivo del general Mahy, Capitán General del Reino de Galicia, acusando recibo de la comunicación del comodoro británico Sir Robert Mends, en que le habla de un posible desembarco en Asturias.

Dada la complejidad y dificultad que presenta una operación anfibia, parece natural que los Cuerpos que a ella se dediquen sean del Ejército Regular, y a ser posible compuestos por tropa veterana y aguerrida. Seguramente habría Cuerpos más adecuados que la Guardia Nacional, y de ellos debiera haberse escogido para una operación de tal clase; con la que el Gobierno (su Junta Militar) demostraba su interés y deseo de llegar a una coordinación de esfuerzos entre todos los ejércitos, aunque éstos estuviesen separados por terrenos ocupados por el enemigo. Era un ensayo de unidad de Mando, aunque fuese remoto y tan sólo de coordinación.

El Ejército asturiano estaba preparado para efectuar un ataque a Gijón el día 1 de octubre. Un escrito del general Mahy al comodoro Mends, fechado el 4 de octubre, es el acuse de recibo de uno del citado comodoro en que le informa que se hará a la vela muy pronto, «el Sábado», la expedición destinada a la costa Cantábrica, y que si las circunstancias lo permiten «amenazará un desembarco» (en Gijón) y aún se realizará «si puede convenir esperando que las Tropas Asturianas sean acordadas con estas ideas». Mahy le contesta que ha trasladado su escrito al General Pol (Segundo en el mando en el Principado) «para que no ignore ninguna de las circunstancias y acomode su conducta militar a lo que más pueda convenir en favor de nuestra buena inteligencia y unión. «En 26 de septiembre había comunicado Mahy a Renovales, por escrito reservado, el ataque a Gijón, dispuesto por el General Losada». «Pudiendo interesar mucho —le decía— que V. S. (Renovales) diese la vela de modo que pudiese presentarse la expedición a la vista de las costas Asturianas aquel día (1.º de octubre) o alguno de los inmediatos anteriores...». Le pide contestación para pasar los avisos correspondientes al general Losada «dándole conocimiento del día con que podría contar con que la expedición estará en disposición y medios de poder imponer a los enemigos con su aproximación y rumbo...». Así se iba fraguando el desembarco de Gijón con retraso del ya muy retraso de Santoña que como hemos visto «era la primera diligencia de la expedición», de acuerdo con las directrices del Gobierno.

Salió al fin aquélla de La Coruña el 14 de octubre. Formaba parte de ella un destacamento de fuerzas inglesas de 800 hombres. Componían el convoy marítimo 15 transportes, escoltados por algunos buques de guerra españoles: la fragata «Magdalena», de 28 cañones, y el bergantín «Palomo», de 18; también iba de escolta la goleta corsaria «Insurgente Roncalesa» y —de momento— una balandra inglesa arbolando la insignia del Comodoro Sir Robert Mends; sus fragatas habrían de unirse en seguida: La «Aretusa», donde transbordaría la insignia, la «Amazona», la «Medusa» y la «Narcissus». En Ribadeo se agregó la goleta de guerra española «Liniers» y una escuadrilla de fuerza sutil, constituida por los cañoneros «Corzo», «Gorrión», «Estrago» y «Sorpresa», muy adecuados para el apoyo ar-

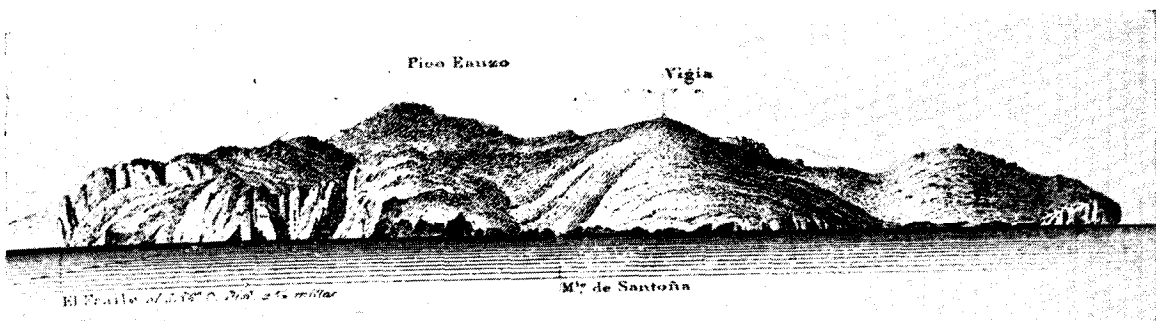
tillero a corta distancia. Mandaba las fuerzas navales españolas y el convoy el capitán de Navío don Joaquín Zarauz, que arbolaba su insignia en la fragata «Magdalena» mandada por el de igual empleo don Blas Salcedo.

Renovales y Mends habían decidido desembarcar en Gijón en apoyo del ejército de Asturias. Llegó la expedición ante dicho puerto, a las doce de la noche del día 16, pero no fondeó hasta el día siguiente, haciéndolo cerca de Cabo Torres, cerca de donde hoy se asienta el puerto del Musel. En el cerro de Santa Catalina, situado enfrente, se extendía entonces la casi totalidad de la población. Con la llegada de la fuerza naval y del convoy cobraron gran esperanza los habitantes de la ciudad, creyendo ver cerca su inmediata y definitiva liberación; no sólo la de Gijón, sino la de todo el Principado. Igualmente creció el ánimo de las tropas españolas que se disponían a atacar la villa.

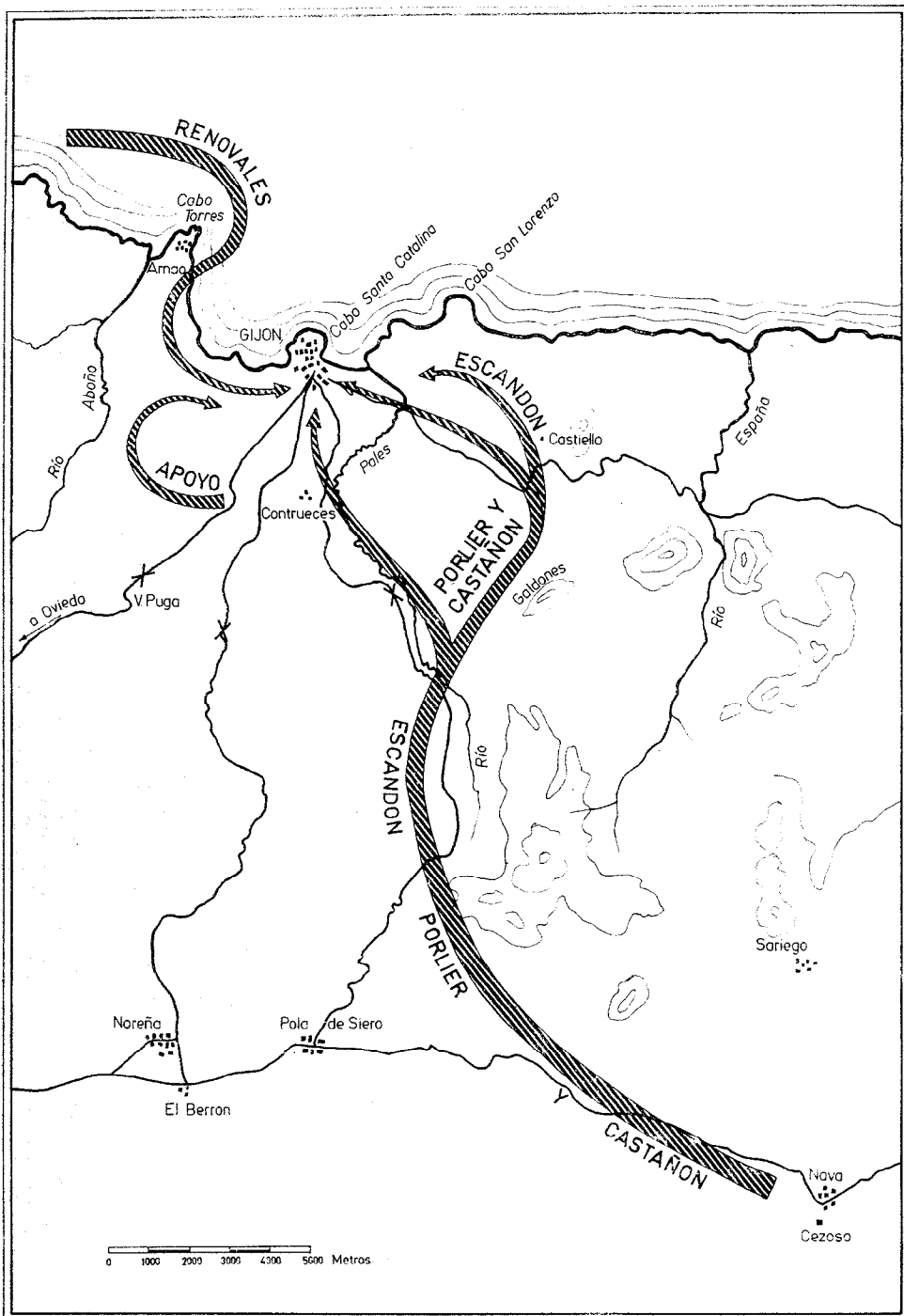
El mismo día 16, antes de la llegada de la expedición marítima, las tropas de los brigadieres Porlier y Castañón, con la de Rafael Escandón (antiguo teniente de Fragata de la Real Armada), reunidas previamente en Cesoso, habían llegado a la vista de Gijón, tomando posiciones en los altos de Galdones. Mientras esto sucedía se cubrían también los caminos de Pola y de Noreña, ocupándose, al efecto, Pica, con una columna volante de doscientos hombres. Quientos del Regimiento de Siero, con sesenta caballos de Húsares de Cantabria, destacados desde Soriego, ocuparon las ventas de Puga, cortando así las comunicaciones con Oviedo.

Las fuerzas del Regimiento de Cantabria rompieron el fuego desde la colina de Romeral sobre los franceses parapetados alrededor de la Villa, siendo apoyados por el Primer Regimiento. Mientras, Escandón, con el de su mando, de el Onís, permanecía en posición en Castiello, y el escuadrón de Húsares de Cantabria cubría el flanco del dispositivo español; parte en el arenal y parte en el camino de Oviedo.

Duró el combate hasta las cinco de la tarde, con escasas bajas por ambas partes, reanudándose al día siguiente, interviniendo en la acción la Caballería. Duró el fuego hasta el anochecer, divisándose entonces algunos buques de los que la expedición que fondearon en la amanecida del día 17. Al no dar señal de desembarco la Escuadra, los brigadieres Porlier y Castañón decidieron atacar nuevamente la ciudad, al tiempo que mandaban un destacamento del Regimiento de Onís con 80 caballos a apoyar el desembarco que esperaban de un momento a otro. En este día tuvo lugar un choque de nuestra Caballería con la francesa, obligando a ésta a retirarse después de causarle muchas bajas, quedando en poder de nuestros Húsares 18 muertos del enemigo; también hicieron 15 prisioneros. Al fin, se estableció contacto con la Escuadra, yendo a bordo el bri-



1) Vista panorámica del Peñón de Santoña, tomada desde la mar, demorando la Punta del Fraile al Sur 46° O. a 2,5 millas de distancia; 2) Plaza de Santoña y sus avenidas. Del plano de la ría de Santoña, levantado en 1789 por el Brigadier de la Real Armada don Vicente Tofiño de San Miguel (con sus correcciones posteriores). *Dirección de Hidrografía*. Madrid, 1875.



Esquema de los ataques a la Plaza de Gijón; por tierra de las fuerzas de *Porlier*, *Castañón* y *Escandón*; por mar de las de *Renovales* con desembarco en Arnao. (Las aspas indican cortes en la carretera)

gadier Porlier, quedando con Renovales en que éste efectuaría el desembarco al siguiente día, esto es, el 18.

Saltaron las fuerzas a tierra a las siete de la mañana, haciéndolo en el paraje llamado Arnao, al este de Cabo Torres, entre ellas una compañía de Infantería de Marina integrada por las guarniciones de los buques y una Brigada de Artillería, también de Marina, que iba a bordo de la fragata «Magdalena»; también desembarcaron las fuerzas británicas, 800 hombres mandados por el mayor general Walker; en total algo más de 2.000 hombres. El desembarco fue apoyado desde tierra por las fuerzas que se habían previsto para ello. El bergantín británico «Puerto Mahón» batió el castillo con su artillería.

Las fuerzas desembarcadas avanzaron sobre la ciudad atacándola desde la parte del puerto, mientras por tierra lo hacían las fuerzas de Porlier y de Castañón y también las de Escandón, en total unos 2.300 hombres, partiendo el ataque de éstos de las alturas de Castiello y de Galdones. Los atacantes, avanzando en tres direcciones, consiguieron batir y poner en retirada la guarnición francesa de Gijón, unos 600 hombres, tan sólo, que se retiraron a las alturas de Puga, acosados por las tropas de Porlier, sufriendo los enemigos numerosas bajas, de ellas muchos muertos y más de cien heridos; haciéndoseles unos 50 prisioneros, entre ellos el comandante de una goleta de guerra francesa surta en el puerto y su ayudante. Tan sólo llegaron a las alturas de Puga unos 200 franceses, que debieron su salvación a haberse quedado sin municiones las fuerzas españolas que los perseguían. Las tropas de Renovales guarnecieron la Villa, tomando al enemigo dos obuses y un cañón de a ocho, e inutilizando el resto de la artillería de la plaza. Del Arsenal cobraron los españoles mucho velámen y efectos. De los buques se desembarcaron municiones de las que estaban muy necesitadas las fuerzas del Principado

El reembarco empezó a las dos de la mañana del día 19; el objetivo de la expedición marítima no era en modo alguno la ocupación de Gijón. Al siguiente día se hizo patente la reacción enemiga con la llegada de una columna francesa mandada por el general Bonnet, fuerte de unos 2.500 hombres, procedentes de Santander, estableciendo contacto con los restos de la guarnición francesa en las alturas de Puga. El objetivo de nuestras fuerzas del Principado no era tampoco la conquista y mantenimiento en su poder de Gijón, así pues empezaron a retirarse hacia Castiello. Bonnet llegó a la entrada de la Villa tiroteándose sus tropas con algunas unidades españolas y con los buques que se mantuvieron fondeados todo ese día, mientras nuestras fuerzas del Principado se mantenían en las alturas de Galdones. Durante todo el «tiempo que se mantuvieron los barcos al anclatuvieron los franceses un destacamento, en observación, en Contruces. El enemigo reconoció la Villa y cuando comprobó que estaba desguarnecida de españoles, la ocupó. Dos cañoneros españoles

y algunas unidades navales inglesas estuvieron haciendo fuego contra las posiciones ocupadas por el enemigo durante unas tres horas y media.

Las fuerzas de Porlier, Castañón y Escandón se retiraron hacia Cezoso, que, como quedó dicho, había sido su punto de concentración a la llegada y punto de partida del ataque; dejaron encendidas, en su retirada, unas hogueras, en el campamento que ocuparon en Galdones y sobre las que cayeron, al fin, las tropas de Bonnet por seis diferentes puntos.

Dice el parte de campaña: «quedó frustrado su furor, de quien fue víctima un infeliz paisano que pasaba casualmente y a quien quitaron la vida». Los buques prolongaron su tiroteo hasta entrada la noche; levaron entonces anclas y se fueron, llevándose cuantos barcos pudieron, mercantes y de pesca. La ciudad quedó en la mayor consternación, temiendo la venganza de los franceses. En efecto, el general Bonet impuso a Gijón una severa contribución de guerra de unos 37.000 pesos.

La expedición de Renovales siguió adelante, hacia su objetivo principal, Santoña, fondeando en su concha el 23. Poco duró la permanencia al ancla de los buques por el empeoramiento del tiempo del empujando con el soplar un noroeste muy duro que, terminando en furioso temporal, forzó a los barcos a hacerse a la mar, picando previamente los cables de las anclas por la urgencia del caso. Los buques más chicos buscaron abrigo cerca de la costa, más no lo encontraron, teniendo igualmente que hacerse a la mar.

Al siguiente día ya habían naufragado todos los cañoneros, excepto el «Estrago», mandado por el alférez de navío don José Aguiar. El barco estaba en muy malas condiciones para aguantar la mar por tener la cubierta hundida después de los combates de Gijón. Se encontró en situación desesperada frente a la Punta de Oriñón, cerca de Islares, esto es, del lado de Castro Urdiales, prestándole auxilio un bergantín de guerra británico que le tomó a remolque, llevándole cifiendo el viento del la vuelta de afuera. No obstante, la violencia del mar hizo que Aguiar pidiese que navegase de la vuelta de tierra, pero al no poder virar el bergantín huob éste de seguir navegando hacia afuera con gran quebranto del «Estrago» y trabajo del remolque, que al fin faltó en uno de los fuertes estrechonzos, cuando estaban a unas 16 ó 18 leguas de la costa.

Aguiar maniobró con gran pericia, navegando en demanda del puerto de Bermeo; más por avistar en él tropas enemigas (12), se

(12) Los franceses tenían vigilada la costa. El año anterior habían organizado el Cuerpo de Guardacostas, con españoles simpatizantes o colaboracionistas. En San Sebastián había 615 hombres de Infantería y algunas brigadas de Artillería de 115 hombres. Tenían otro Cuerpo análogo en Vizcaya; uno y otro, claro está, en refuerzo de las fuerzas francesas.

dirigió a Mundaca, donde divisó igualmente enemigos, encontrándose en la barra en situación muy crítica, con los enemigos en tierra, esperando su inminente naufragio para coger prisioneros a los que pudiesen salvar la vida. Con gran valor y no menos pericia marinera consiguió Aguiar llevar su barco, metiéndose entre los bajos, a Elanchove en cuya ensenada fondeó con la única ancla que le quedaba.

Un marinero se arrojó al agua, con gran peligro, y consiguió atracar al «Estrago» una pequeña embarcación en la que embarcó Aguiar con seis hombres armados y con ellos consiguió acercar al cañonero otra embarcación algo mayor en la que llevó a tierra a su dotación; poco después el «Estrago» se hacía pedazos contra las rocas. Saltaron a tierra sus tripulantes en un paraje que por fortuna no estaba vigilado y se ocultaron en un bosque. Una vez que se orientó Aguiar se internaron tierra adentro en busca de la montaña y ayudado por las noticias del enemigo que le daban los campesinos pudo seguir adelante, tomando itinerarios difíciles, y por ello poco frecuentados, del Valle de Carranza, burlando la persecución de que eran objeto al haber salido de Garnica un destacamento de Caballería en su busca. El bizarro comandante con su pequeña fuerza se acercó de nuevo a la costa, frente a Santoña, con la esperanza de avistar buques de la expedición. No viendo a ninguno y no logrando tener noticias alguna de aquélla resolvió seguir adelante por las montañas, hacia el Ferrol; consiguiendo llegar a la capital Departamental sin perder uno sólo de sus hombres; bien es verdad, que a costa de miseria y trabajos inauditos en las montañas de Santander, de Burgos y de León, recorridas en pleno noviembre, muy crudo, soportando las adversidades, animados siempre de enorme tenacidad y patriotismo.

He descrito la odisea de la dotación del «Estrago» como muestra de los sinsabores y penalidades que tenían que soportar frecuentemente nuestras valerosas fuerzas sutiles, si bien fuesen normalmente frente a la costa «enemiga», alguna vez ante los corsarios del adversario, y siempre soportando los embates y peligros de la mar en pequeñas embarcaciones.

Dejamos al resto de los buques de la expedición haciéndose a la mar desde Santoña para capear el temporal. Parte de ellos consiguió tomar la Ría de Vivero que era el lugar designado para reunirse ante una provocada dispersión. El día 31 —seguimos en octubre— fondearon la fragata «Magdalena», el bergantín «Palomo» y dos transportes. Ya estaba allí la fragata británica «Aretusa» que había llegado el día anterior. También el 31 fondearon en dicha ría las fragatas inglesas «Narcisus» y «Amazone». Fueron llegando sucesivamente la «Medusa» y el bergantín «Puerto Mahón», la goleta «insurgente roncalesa» y otros buques...; la goleta «Liniers» habría de tomar el puerto de La Coruña.

El tiempo empeoró de nuevo, entrando el día 2 de noviembre un

fortísimo temporal del noroeste de los llamados de «travesía» que hizo garrear a la mayor parte de los buques que ya habían picado dos cables de las anclas en Santoña, perdiendo por tanto aquéllas, que eran las mayores. A la llegada de la noche se vieron los barcos en gran peligro. La mar gruesa que recalaba impedía a los tripulantes el barqueo en embarcaciones menores, debiéndose, por tanto, desechar toda idea de salvamento por tierra. A las dos de la madrugada faltaron los cables de la «Magdalena», yéndose sobre la «Narcisus», que había picado palos y jarcias para presentar menos pantalla al viento. Esta medida de desarbolarse también la tomó la «Aretusa»; la «Amazona» era la única que se veía entera —dicen los partes—. La «Narcisus» pudo zafarse de la «Magdalena», yéndose ésta a la deriva, siendo, al fin, lanzada violentamente por la mar sobre la playa de Cobas.

Pereció en el naufragio el capitán de navío Zarauz, Jefe naval de la expedición española, así como el también capitán de navío don Blas Salcedo comandante de la fragata, arrojando las olas sobre la playa su cadáver, en dramática circunstancia, pues, fue abrazado estrechamente al de su hijo, joven guardia marina, que servía a sus órdenes en la «Magdalena». Pereció la casi totalidad de la dotación de ésta, así como las fuerzas que llevaba de transporte, entre ellas la brigada de Artillería de Marina y las dotaciones de los cañoneros perdidos ante Santoña, cuyos supervivientes habían sido recogidos por la fragata. Tan sólo se salvaron ocho hombres que fueron sacados, medio muertos, de la fuerte resaca. El bergantín «Palomo» había fondeado un anclote en ayuda de sus anclas y también, como los británicos, había picado sus palos para disminuir el efecto sobre ellos del vendaval, pero de nada le valió, pues fue echado sobre la playa de Sacido. Allí en medio de un gran oleaje dos heroicos marineros, se arrojaron al agua para llevar a tierra un cabo y comunicarse por medio de una balsa que habían construido. Aquellos dos abnegados hombres de mar perecieron ahogados mientras sus compañeros, admirados y esperanzados, contemplaban su hazaña asidos a los restos del buque que se iba deshaciendo a los embates de las olas. Únicamente se salvaron, ateridos y maltrechos, 25 hombres, entre los que estaba el comandante del buque, teniente de fragata don Diego Quevedo (13).

El parte que Renovales da a Mahy de estos luctuosos sucesos lleva fecha de 3 de noviembre. Dice que al día siguiente de llegar los buques españoles pasó orden al Comandante General de las Fuerzas marítimas «para que al primer tiempo favorable se trasladase en la

(13) El bergantín «Palomo» —¡extraña coincidencia!— era el que la Junta Central había enviado al Marqués de Ayerbe y a Renovales con caudales y elementos para llevar a cabo la empresa que proyectaban para liberar a Fernando VII («Proyecto Secreto»); con este barco llegaron a Sevilla. — Quevedo se salvó en la playa de Sacido porque su destino era ese, pues su comportamiento como Comandante fue excelente, pero había de perecer ahogado al año siguiente a la entrada de Montevideo en el naufragio del buque de su mando, el bergantín «Tigre».

fragata «Magdalena» con la Brigada de Artillería, Maestranza, buques y demás pertrechos que se le habían facilitado, al Departamento del Ferrol, con destino a varios objetos... «Esta orden pone de manifiesto que Renovales había ya desistido de efectuar por mar su misión.

La marina española fue la que más sufrió en el triste epílogo marítimo de esa expedición en que la Regencia cifraba tantas esperanzas. Pérdidas como la de esta lóbrega noche de la Ría de Vivero constituían parte importante del tributo que la Armada rendía a la causa de la Patria en el duro, callado y abnegado servicio que con singular constancia y tenacidad hacían sus buques en apoyo del Ejército en esta Guerra. En los años que duró se registraron numerosos naufragios: En Vinaroz, en Huelva, en Cádiz, en el Grao de Valencia, en Tarifa..., además de los de la Expedición Cántabra.

Antes de llegar el epílogo terrestre de la expedición cuyo estudio nos ocupa hagamos un somero juicio crítico sobre ella; en él resumiremos algunos de los puntos que ya hemos ido comentando entre el relato de los hechos:

La expedición Cántabra estaba dedicada con marcada preferencia —según hemos visto en la documentación presentada— a la ocupación del importante puerto de Santoña; éste era el primero y principal objetivo de Renovales. Ello merecía mucho la pena y por eso el Consejo de Regencia le daba tanta importancia. Los acontecimientos siguieron probando cuanta razón le asistía. Santoña estaba entonces poco guarnecida, pero para asegurar el éxito de la operación se necesitaba la sorpresa táctica, para que los franceses no la reforzasen. Pero precisaba la operación, como toda de tipo anfíbio, contar con el buen estado de la mar, para asegurar el desembarco de las tropas y su abastecimiento posterior y desembarco de armas, y de municiones y pertrechos, ya que no se trataba de un fugaz golpe de mano. Había que ocupar la plaza, con más o menos resistencia por parte del enemigo, y había después que fortificarla como base de partida de ulteriores operaciones. Estas operaciones podrían necesitar el apoyo naval. Con los largos preparativos y la pérdida de unos días en Gijón, se llegó al límite de la época aconsejable para la operación. Los actuales derroteros del Cantábrico nos dicen que desde octubre hasta marzo abundan los temporales del Oeste (los meses de enero y de febrero son algo mejores dentro del semestre). Con frecuencia, por efecto de la cordillera Cantábrica, esos temporales del Oeste se convierten en algo peor; en furiosas galernas con vientos muy duros del Oeste, del Noroeste e intermedios. Son más peligrosos esos temporales por lo súbito de su aparición y arbolar mucho, en ellos, la mar. No solamente lo dicen los derroteros, sino que todo esto lo saben —y lo sabían entonces— los hombres de mar conocedores de aquellas costas. ¿Se lo hicieron presente a Renovales? ¿Hizo éste caso? ¿Qué relaciones de Mando existían entre Renovales y el jefe naval de la expedición?

En mayo dispone la Regencia la operación —más bien conjunto de operaciones—; queda al arbitrio del Capitán General de Galicia dar a Renovales las fuerzas necesarias para llevar la Expedición a efecto. O no las tiene o no se las quiere dar a pesar de las manifestaciones que hace sobre la importancia de la misión de Renovales. Mahy debiera haber hecho un esfuerzo, y con espíritu de Servicio, y con autoridad, haber dispuesto que algunos de los mejores Cuerpos de Galicia o de Asturias, que también estaban a sus órdenes pasasen a las de Renovales —aunque luego tuviese que haberlas devuelto—, para efectuar la operación de Santoña en la que el Gobierno tenía tanto interés... Dilaciones... Espera..., y el tiempo avanzando y con ello acecándose la estación de temporales. Y una operación anfibia no puede arriesgarse a la suerte de que los días sean buenos en la estación mala; ya es bastante pedir que los días sean buenos en la estación propicia.

Pero no solamente las dilaciones y los preparativos hacen que llegue octubre, sino que el desembarco de Gijón hace que llegue ¡la segunda quincena de octubre! De no haberse detenido allí la expedición marítima, a pesar de estar en ese mes amenazador, la suerte habría hecho que se llegase a Santoña con buen tiempo y que se hubiese podido ocupar ese primer objetivo, y con algunos días de margen para poder efectuar los aprovisionamientos de las tropas y de la plaza. Al haberse ocupado el puerto los cañoneros probablemente hubiesen podido quedarse, aunque el mal tiempo forzase a los buques mayores a hacerse a la mar. No se habrían perdido y hubiesen podido ser empleados en ulteriores operaciones, al menos en la bahía, son base Santoña.

El golpe de mano, por tierra, sobre Gijón favorecía indudablemente la operación sobre Santoña, puesto que atraería fuerzas francesas a Santander como, en efecto, hemos visto con la aparición del General Bonnet. Más bien necesitaba la operación anfibia sobre Santoña de la diversión que suponía el ataque por tierra a Gijón que éste de la expedición de Renovales. Los efectivos que atacaron, por tierra, a Gijón, eran muy superiores a los franceses que lo guarnecían —se conocían los estados de fuerza del enemigo—. Y más bien la presencia de la Escudra retrasó el ataque a Gijón, esperándola. Con el contacto de ella con el ejército de Asturias sí se consiguió el municionamiento de éste, pero pudiera haberse hecho a retaguardia, con pequeños barcos en la Ría de Ribadeo, no era preciso para efectuarlo encontrarse en un punto ocupado por los enemigos y... lo de siempre: ¡retrasar a Renovales en la marcha hacia su objetivo!

Lo mismo que el ataque por tierra a Gijón favorecía la expedición también debieran haberse efectuado acciones conducentes a cortar las comunicaciones de Santoña con Vizcaya y Santander para evitar la llegada de refuerzos franceses.

Resumiendo todo lo dicho, aparte de la calidad de las fuerzas, que todas no eran de reelección improvisada, el retraso fue la causa

principal del fracaso de la Expedición Cántabra; una vez más se vio cuán verdad es el decir de Cervantes de que en la guerra «La diligencia es madre de la ventura», sin que esto quiera decir que no es necesaria la preparación, concienzuda pero diligente, en una operación anfibia especialmente. E insistamos: cuando además de ser cosa de guerra lo es de mar es más importante aún —la Historia está llena de ejemplos— evitar que la poca diligencia nos lleve épocas del año en que una operación anfibia tenga todas las probabilidades apuntando a su fracaso.

Veamos ahora el epílogo terrestre y defintivo de la Expedición. Con la dura experiencia y con la perspectiva de los frecuentes temporales de otoño y de invierno en el Cantábrico, Renovales resolvió marchar por tierra hacia la zona objetivo que la Regencia le había designado. No podía pensarse en que fuese fácil apoderarse de Santoña sin el apoyo de una fuerza naval y sin embarcaciones para efectuar los desembarcos complementarios a un ataque por tierra, por la gola, a la referida plaza, pero quizá pudiera conseguirse esas embarcaciones, apoderándose de ellas en los pueblos de la bahía. De todos modos, pasando por Asturias podía operar sobre la provincia de Santander y por ésta pasar a tierras vascongadas. La misión se presentaba difícil, pero no le faltaba ánimo y los itinerarios de montaña, aunque duros —y más en el invierno— no estaban bajo el control de los franceses.

Para llevar adelante sus operaciones tenía primero que dar un descanso a sus tropas en Vivero mismo y en su comarca, y después de descansar, de abastecerse, y de adquirir los animales de transporte, pasar a Asturias donde había un ejército, con su Mando propio. Renovales se dirige a Mahy —Jefe de toda la zona de operaciones—, con fecha 31 de octubre y al tiempo que le da cuenta de la llegada de la expedición a esa ría escogida como punto de reunión ante una posible emergencia (aún no ha tenido lugar el desastre marítimo en ella), «habiendo impedido (el desembarco) un impetuoso y dilatado temporal...». «Nesesito —le dice— reponer aquí las tropas por algunos días y, verificado, emprender mi marcha por tierra para que se hace preciso circule V. E. las competentes ordenes a fin de que tanto en este Reyno (Galicia) como en el Principado de Asturias faciliten a esta división los recursos necesarios para su subsistencia...». Con respecto a su contacto y relaciones con el General que mandaba las fuerzas en el Principado, dice: «A mi paso por Asturias no dejaré de obrar de acuerdo con el Mariscal de Campo don Francisco Javier Losada si V. E. lo juzga conveniente».

Se le ponen grandes dificultades para el aprovisionamiento en Galicia, por falta de recursos, y en vista de ello —9 de noviembre— pide ya decididamente permiso a Mahy «para trasladarse a Asturias y cerca de Losada obrar de acuerdo —Mahy le contesta manifestándole que «cree su deber se debe desistir de la expedición o al me-

nos aplazarla hasta recibir instrucciones de S. M. (el Consejo de Regencia).

El general Losada, por su parte, al enterarse de los deseos de Renovales se dirige a Mahy manifestándole que a su paso por Asturias Renovales ha de estar a sus órdenes.

En efecto: Renovales pasó a Asturias —no se encuentra claro su situación de subordinación a Losada—. Se «enrocó» en los Picos de Europa y estableció su cuartel general en Liébana. Una vez allí se declaró independiente de todo, constituyéndose en General en Jefe de toda la región, aprobando, por sí y ante sí, la formación de una Junta de Defensa de la Provincia de Santander.

Se reciben órdenes del Gobierno de disolución de la expedición y, por lo tanto, de que Renovales cese en el Mando. El expone a Mahy que «dejar abandonado este Reino, dado lo comprometido que está y el estado de insurrección en que se encuentran los pueblos..., sería un fracaso muy grande y un desaliento para los mismos, ya que los jóvenes todos se han sumado voluntarios y con entusiasmo a la insurrección (contra los franceses, se entiende), que al tomar el Gobierno este acuerdo habrá sido porque creía fracasada la expedición y que no debe abandonarla cuando va a tener éxito». La Junta de Defensa de la Provincia de Santander hace las mismas representaciones (24 de marzo).

Unos días más tarde (8 de abril) Díaz Porlier comunica a Mahy que Renovales, en Potes, «además del alboroto y vejaciones que está causando en aquellos pueblos, toma muchas determinaciones que contrarían y se oponen a las que él ha propuesto para cumplir las órdenes de S. M.» y que las fuerzas de Renovales y las de don José Centolla intentan sublevarse resistiéndose a las órdenes que él recibe del propio general Mahy y de la Regencia.

Con fecha 13 de abril se da la orden a Porlier de que absorba las fuerzas de Renovales.

Por estos tiempos, la Regencia había creado el 7.º Ejército para operar en Santander y en las Vascongadas, dando el mando de él al general Mendizábal. La vanguardia de dicho ejército había de mandarla Porlier que estaba en Ribadeo, precisamente organizando una División Cántabra. Esto era el fin del mando de Renovales. Porlier envió al coronel Amesta a hacerse cargo, en Potes, de las fuerzas de Renovales y al propio tiempo buscar alojamientos para las que habían de reforzarlas. Renovales había arrestado a los enviados de Porlier, en Penoso, y Porlier dirige órdenes a las fuerzas de Renovales (4 y 6 abril) para que no obedezcan las que no provengan de su autoridad.

El coronel Amesta, que no había sido arrestado por Renovales, comunicó a éste las órdenes de que era portador y al resistirse a ellas, tanto él como algunos de los Jefes subordinados hubo de arrestarlos «guardando a Renovales los miramientos por estar herido» (lo había sido en un combate habido con los franceses).

El pueblo, en Potes y en otras localidades vecinas, se levantó en favor de Renovales, mas luego se apaciguó. La Junta por él creada envió, también, a Cádiz una reclamación que no fue atendida.

Este fue el final de la «Expedición Cántabra», digna de mayor éxito por el entusiasmo que en ella se había puesto y por ser la primera operación lejana concebida por el Consejo de Regencia en un deseo de coordinar los esfuerzos de todos los españoles en su lucha por la Independencia.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española...* Tomo IX. Madrid 1903.
- GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia de España*. Madrid, Depósito de la Guerra, 14 volúmenes (1868-1903).
- SAAVEDRA, Francisco: *Diario de Operaciones de la Regencia...* (*Elogio Histórico del Excelentísimo Señor don Antonio Escaño*, por Don Francisco de Paula Quadrado). Documento núm. 25. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia (1852).
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Colección de Documentos de la Guerra de la Independencia*. Leg. 20, Carp. LVIII.